

Bobones, este hombre encuentra reposo y serenidad de alma para escribir un ensayo de psicología o de crítica literaria?

Porque sus motines—no hiperbolizo—de la cámara pueden contarse por número de sesiones. Daudet es de los primeros en llegar al hemicycle. Entra lento, parsimonioso, casi siempre con un pañuelo en la diestra. Las tribunas públicas están ya invadidas por una multitud elegante donde los sombreros femeninos, variando en colores y formas hasta lo imprevisto, sugieren de pronto la idea de un vasto campo de carreras en día de moda. El diputado se sienta, y, maquinalmente, se cruza de brazos. En ese gesto automático hay, más que una actitud de espera o de resignación, algo impaciente como un reto. Parece decir a los colegas que van ocupando sus puestos:

—Empezad pronto, que os espero...

Sin embargo, no penséis que este hombre irascible se deleita en actitudes descorteses o plebeyas. Nada más opuesto. Se observa en él una exquisita elegancia de maneras, una compostura distinguida que efectivamente contrasta con la acritud que desplegará más tarde. Pero vemos que no hay en su empaque ninguna *pose* largamente estudiada.

Los que sólo lo conocen a través de sus escritos se lo imaginan alto, fuerte, arrogante, en un perpetuo desenfado a lo Cyrano. Pero no. Pequeño, rechoncho, con una extraña nariz de cotorra, unas manos regordetas, casi diminutas, León Daudet más bien parece un colegial en días de asueto. Con todo, su frente no nos engaña. Es una frente de pensador, amplia, ancha, que se adentra en el cráneo como una franja luminosa, perdiéndose en los surcos grises de la cabellera. Tampoco nos equivocamos al mirar su boca, donde se cristalizó una sonrisa desencantada y amarga. Hay en ella una contracción desesperada, despreciativa, que no desaparece en los instantes de calma, y menos cuando alguno de sus apóstrofes desencadena la tormenta en el recinto cameral.

Cuando sus adversarios, los Marcel Cachín, los Lafont, los León Blum, los Herriot, los Aristides Briand, consumen un turno, él escucha atentamente. En su pupitre no hay jamás una carta, ni un periódico, como si este literato quisiera dar a entender a sus colegas de Francia y... de otra parte, que un representante debe asistir a la cámara para darse cuenta de lo que digan sus compañeros y no para leer los billetes de la cocinera o de otra señora de intimidades. Daudet no pierde ninguna ocasión de interrumpirlos, de lanzarles chirigotas envenenadas, de cortar el curso de sus ideas, si ideas hay. Y entonces la asamblea,

hasta allí sosegada, se transforma en coliseo irritado. Todo el mundo grita. Los diputados de la extrema izquierda saltan endemoniados. En las curules del centro manotean los republicanos. Y en la extrema derecha León Daudet, sostenido por los aplausos de sus correligionarios, increpa airado a los socialistas o al ministerio en pleno; su voz, por un prodigio que la lógica no sabría explicar, pero que acaso nos definiría la psicología de las multitudes, logra dominar el mare magnum. ¿Qué prestigio, que misterioso acento de convicción ardiente tienen sus palabras que de tal modo todos, aún sabiéndolas quemantes como brasas, hacen silencio para oírlas?

Unos minutos después de haber terminado su protesta o su vituperio, renace el desconcierto. Es que nuevamente, aprovechando alguna coyuntura imprevista, llamó a Briand traidor de la patria y dijo que era preciso fusilarlo como a Bolo, o acusó de malhechores al grupo de los anticlericales, o disparó, contra los *alateres* de Cachin, un vocablo que la corrección impide repetir. Raúl Péret agita la campanilla, se enronquece, golpea con una regla la mesa presidencial y al presentir que su honorabilidad corre el riesgo de zozobrar en aquel mar tempestuoso, y que nadie obedecerá a sus imperativas llamadas al orden, decide coger su chistera y, solemnemente, *cubrirse*. La sesión ha terminado. Los labios de Daudet, sardónicos, amargados, continúan sonriendo...

Cuando le toca hablar desde la tribuna, los escándalos son todavía mayores. Apenas la presidencia anuncia su turno, un inquieto murmullo puebla la Cámara. Los socialistas, los *caillautistas*, los republicanos del centro, todos, en fin, salvo una minoría de veinte y tantos realistas, quieren impedir su discurso. De antemano saben los diferentes grupos que el orador clamará contra ellos, que los insultará sin piedad, sin reticencias. Daudet cruza los brazos sobre el pecho según su costumbre, mira fríamente hacia las tribunas y en esa actitud napoleónica, de calma aparente, espera que el presidente imponga silen-

cio. Al fin comienza. Pero el primer párrafo es ya una descarga.

—Truhán, le gritan unos.—*Salop*, vociferan otros.—Es intolerable que un diputado nos maltrate así, profieren algunos.

Bajo la granizada de protestas, la sonrisa de Daudet se transforma en mueca. En aquel momento su voz es una espada de mil puntas, tal el brío con que rechaza los ataques y el arte único de herir a varios no dirigiéndose sino a un solo contrincante. Es una esgrima del verbo, luminosa, impetuosa, tan diestra en la *riposte* como vigorosa y hábil en la parada... Y de pronto, sin que el espectador sepa exactamente en qué momento ni debido a qué fenómeno, no resuena más eco que el de su palabra. El furor de la ola se hizo atención casi respetuosa. El que ahora habla no es el jefe del partido realista, el exaltado secuaz de monseñor el duque de Orleans, que grita colérico a todos los vientos la urgencia de retornar a la monarquía, tampoco el áspero diarista que a la mañana siguiente renovará el léxico tendencioso. En su expresión se adivina la gran fuerza oculta de un sincero patriota, del convencido de una causa utópica tal vez, pero defendida con obstinaciones de iluminado. Y siempre que Daudet abandona el campo de lo personal, de la agresión directa, para entrar en el más vasto dominio de lo doctrinario, sin perder no obstante el tono duro del heresiarca, el congreso lo aplaude o escucha reflexivo. Porque acaso nada se impone con más fuerza a la admiración de los hombres inteligentes, que un magnífico alarde de energía puesta al servicio de una convicción, como si los versos de Edmundo Rostand,

L'utilité de la colère,
Des belles chutes et des sauts

debieran aplicarse, más que al agua, a los grandes parlamentos.

El auditorio adivina que el violento acusador de hace un instante se ha transformado en portavoz de muchos ideales nacionales, en intérprete de almas. Cuando descende de la tribuna, sus amigos lo abrazan conmovidos. Y Raimundo Poincaré (el único prestigio político que León Daudet ha combatido sin poner en práctica su teoría de las polémicas *ad personas*) le sigue hasta su banco con una larga mirada fraternal y paternal en la que parece leerse:

—Lástima de muchacho que con tan bello talento no quiera defender la idea republicana...

Así, el más odiado de los diputados franceses, es el más admirado.

J. DE LA LUZ LEÓN

París, 1923.

Doctor Constantino Herdocia

De la Facultad de Medicina de París

MEDICO Y CIRUJANO

Enfermedades de los ojos, oídos, nariz y garganta. Horas de oficina: 10 a 11.30 a. m. y de 2 a 5, contiguo al Teatro Variedades.

Teléfono número 1443

Lea el REPERTORIO y recomiéndelo a sus amigos.